SONIDOS DEL MUNDO

VIAJAR DE OÍDAS

Carlos de Hita



ANAYA TOURING

SONIDOS DEL MUNDO

VIAJAR DE OÍDAS

Carlos de Hita

ANAYA
TOURING

Viajar de oídas.

«Me paseaba ayer por la tarde solo, el cielo parecía un cielo de otoño; un viento frío soplaba a intervalos. Al salir de entre unas malezas me paré a mirar el sol, que se ocultaba entonces entre unas nubes [...]. Me sacó de mis reflexiones el canto de un zorzal encaramado en la más alta rama de un abedul. Al instante, este sonido mágico hizo aparecer ante mis ojos la casa paterna. Olvidé todas las catástrofes que acababa de presenciar y, trasportándome súbitamente al pasado, volví a ver aquellos campos donde tantas veces escuché silbar al zorzal.»

François-René de Chateaubriand,
Memorias de ultratumba

Para José María Morales y Larry Levene,
amigos que hicieron posibles algunos
de estos viajes por los sonidos del mundo.
Y para Rubén Carregal, que sabe bien lo fuerte
que suena el estampido del volcán.

Y para Virginia, claro, a la que recuerdo callada
y a la escucha del colimbo.





EL DISCO DE ORO

// Geofonías, biofonías y una confusión de lenguas //

En el año 1977 las sondas espaciales *Voyager* partieron en un viaje de exploración hacia los confines del sistema solar y más allá, al espacio profundo. A pesar de que el peso y el tamaño de las naves eran críticos, las dos llevaban adosados a la estructura un mensaje importante. Grabada en un disco de cobre bañado en oro, de treinta centímetros de diámetro, había información sobre la diversidad de las culturas y la naturaleza en la Tierra, dirigida a hipotéticas civilizaciones capaces de viajar por el espacio interestelar. La idea partió del astrónomo Carl Sagan, quien, al frente de un comité, seleccionó información que cualquier inteligencia avanzada podría descifrar para hacerse una idea aproximada de cómo es nuestro mundo. En el microsurco, que hay que reproducir a la velocidad de dieciséis revoluciones por minuto, hay saludos en diferentes lenguas —incluida la de las ballenas yubartas—, ciento quince fotografías y un buen catálogo musical de todas las épocas y culturas. Un apartado completo está dedicado a los sonidos de la naturaleza y de la actividad humana, lo que incluye aullidos de lobos, el sonido del viento y el mar, el crepitar del fuego, los latidos de un corazón, el ferrocarril, el beso de una madre a su hijo y, como colofón, la locución latina *per aspera ad astra* —«a través de las dificultades hacia las estrellas»— en código morse.

El disco se tituló *The sounds of Earth*. Carl Sagan no lo sabía, naturalmente, pero al considerar que el relato sonoro era una buena forma de conectar con oídos alienígenas —una botella lanzada al océano cósmico, dijo—, casi había escrito el índice de este libro.

«NO SABEMOS SI ALGUIEN HA ESCUCHADO YA LOS MENSAJES CONTENIDOS EN EL DISCO DE ORO, PERO SÍ QUE EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS LOS PAISAJES SONOROS SE HAN EMPOBRECIDO.»



La canción de la Tierra

Si un alienígena puede hacerse una idea de la diversidad de nuestro planeta a través de sus sonidos, creo que cualquier terrícola también está capacitado para ello.

No todo lo que resuena sobre la faz de la Tierra tiene un significado. Ni el viento, ni las olas ni, desde luego, los volcanes nos quieren decir nada. La geofonía, el conjunto de sonidos emitidos por la actividad física, no tiene ninguna intención. Pero solo quien haya escuchado el rugido de un volcán se hará una idea aproximada de su tamaño. Por la misma razón, no es posible entender la magnitud de las fuerzas desatadas en un temporal, o la peligrosidad del rayo, si no se ha escuchado el batir de las olas o el estampido cercano del trueno.

La geofonía es la medida de la magnitud de los fenómenos naturales.

Ningún animal habla para nosotros, aparte de nuestras mascotas, que, en realidad, son como nosotros. Ningún grillo nos dice nada al estridular; ningún pájaro canta para deleitarnos. Solo, a veces, alguno de ellos nos interpela directamente cuando, al sentirse amenazado, devuelve la amenaza. Ni siquiera cuando huyen, o emiten señales de alarma, sus mensajes van dirigidos a nosotros. Pero sí somos nosotros quienes les damos un sentido, una explicación. Y con ella componemos un relato. Cada uno según sus intereses. Un naturalista espiará las conversaciones privadas e interpretará el concierto del bosque como lo que es: una formidable pelea a voces por los límites del territorio y del sexo; nada nuevo bajo el sol. También habrá quien vea la geometría del paisaje en el eco y la reverberación, o quien escuche una música compuesta e interpretada por unos seres con los que jamás podrá comunicarse. Otros, la mayoría, percibimos eso que llamamos «silencio», que no es más que otra forma de denominar al sosiego. Pero todo el mundo, científico o iletrado, habitante de la ciudad o del campo, sabrá distinguir la biofonía de un bosque tropical de la de otro de las zonas templadas, reconocerá el carácter selvático en las llamadas profundas de algunas aves o asociará a bosques más familiares las melodiosas composiciones de nuestras aves cantoras, tan parecidas a veces a la voz cantada y los instrumentos musicales. Quien escucha «ve». Y en los chirridos estridentes de los insectos, en las voces ásperas de las aves desérticas, reconocerá el calor y el color amarillo pajizo de las tierras resecas. Y los límites lejanos de los desiertos, contados por sus propias carencias.

La biofonía es el relato de la actividad de los seres vivos de un lugar.

Una confusión de voces

En el año 2022 en el mundo se hablaban todavía 7.097 lenguas distintas, aunque es posible que, con la muerte de un último anciano, la tala de un rodal de selva, cada día desaparezca alguna. Hay casi tantas lenguas humanas como lenguas de los pájaros. Más de siete mil formas distintas de decir «madre», «hijo», «comida»... La maldición bíblica, la confusión de lenguas en Babel, es, en realidad, la expresión del miedo a la diversidad cultural.

La antropofonía, si se me permite la palabra, incluye también otros sonidos. Quien habla también puede cantar, bailar y tocar instrumentos musicales. Un círculo de danzantes al ritmo de un tambor, al ritmo de las pisadas, es una de las imágenes que mejor describen a la humanidad, grupos de personas encerradas alrededor de una melodía común, en un espacio definido por la distancia a la que alcanza la música. El sonido como ancla.

Quien baila casi siempre reza. La religión también forma parte del paisaje sonoro. Por todo el mundo se escuchan oraciones, cantinelas, susurros entre cada uno y su dios, pero también llamadas lanzadas a todos los vientos. En las montañas donde se siguen las enseñanzas de Buda las trompas y platillos atruenan por la inmensidad de los valles. En todo el mundo islámico se llama a la oración cinco veces al día, con diferencias en la calidad de las voces de los almuédanos y de los equipos de megafonía, lo que, sin variar el mensaje —no hay más dios que Alá—, aporta información complementaria sobre la zona. Y, además, las campanas de todos los timbres, tamaños y devociones. Rara es la actividad humana que no se comunica en voz muy alta.

Sobre el ruido

De todos los sonidos de la biosfera, en este libro he intentado evitar el más común: el ruido. El agente contaminante que uniformiza y empobrece la diversidad acústica. El ruido de la mecanización, del tráfico, de los aviones que, a su paso, trazan una huella sonora de hasta treinta kilómetros de ancho. No hay lugar, rincón, fondo de valle o comunidad humana, ni en el más remoto santuario, a donde no llegue el ruido, como una mancha de aceite que se extiende por un lienzo.

Se suele definir el ruido como energía desperdiciada. Quizá sea mejor decir que es comunicación interrumpida. Hay quien piensa que evitar el ruido es falsear la realidad. Pues bien, yo lo he evitado conscientemente porque este es un libro sobre algunas de las muchas maneras de comunicar por medio del sonido. Y, como cualquier narrador, o como cualquier músico en el escenario, espero a que el barullo se calle para empezar a contar mi historia.

Ha pasado casi medio siglo desde que zarparon las naves *Voyager*. En este tiempo han llegado tan lejos que ya no es posible enviar órdenes o recibir información de sus descubrimientos. En este tiempo también ha partido Carl Sagan en su viaje a las estrellas. Y han callado muchas de las realidades que eligió como testimonio de nuestro mundo. No sabemos si alguien ha escuchado ya los mensajes contenidos en el disco de oro, pero sí que en las últimas décadas los paisajes sonoros se han empobrecido. La biofonía pierde cada año a millones de sus intérpretes. Los sonidos de la cultura son cada día más uniformes. De acuerdo con el viajero Paul Theroux, el sonido del mundo ya no es el ritmo armonioso e hipnótico de los tambores, sino el grito distorsionado de las músicas urbanas grabadas. Las señas de identidad sonora de las civilizaciones se difuminan en el ruido reinante y la uniformidad de los usos y costumbres. Solo la geofonía sigue con su relato inmutable; cada vez que truene, tiemble la tierra, rompa una ola o silbe el viento contra una pared de roca, estaremos escuchando fragmentos de la canción más antigua de la Tierra.

Viajar de oídas

Algo de todo lo dicho hay en este libro. Escrito dos veces. La primera, con letras, ideas y conceptos mejor o peor hilados. La segunda, con sonidos. En ambos casos mi visión gira siempre en torno a lo que suena. Viajo con un micrófono en la mano, a la escucha.

No sé qué criterio siguió Carl Sagan para hacer su selección. En mi caso ha tenido mucho que ver con el

// MÁS ALLÁ DEL RUIDO //

Más allá del estruendo del tráfico, de los ruidos del mundo mecanizado, de las músicas comerciales que escapan por altavoces e invaden el espacio sonoro de aldeas y ciudades de todo tipo. Más allá de los sonidos de la globalización, que cada día hacen del planeta un mundo acústicamente —y culturalmente— más uniforme, escuchamos mil maneras de hablar, de cantar y de llamar a lo intangible.

Hacen las cuentas dos hombres san, los rastreadores del desierto de Kalahari, en el lenguaje de los clicks que se viene hablando desde el paleolítico. Gritan unos cazadores baká que vuelven de una batida. Se saludan con entusiasmo un hombre y una mujer papúes. Lanza su bravucón desafío ritualizado un luchador mongol, seguido por los elegantes cantos de unas mujeres japonesas. Varios hombres, árabes de las arenas, conversan una noche en torno al fuego; y en torno a otra hoguera, esta de leña verde y sin llamas, unas mujeres zoé, amazónicas, lo hacen con los niños.

Quienes hablan también cantan. Un grupo de indios capó entonan una canción lenta, quejumbrosa, como si estuvieran atemorizados por los sonidos de la selva. A continuación, varias mujeres masái danzan en círculo: llama la voz principal, responden a coro las demás, y ese diálogo contiene todos los sonidos de la sabana africana. Los pigmeos baká muestran un avanzado sentido del ritmo y unas mujeres tuareg despiden, con una gran alegría, a la caravana de dromedarios que se lleva a los hombres por unas semanas al desierto. La alegría de unas da paso a la enorme tristeza en la voz de una chica saharaui que añora la costa desde los campamentos de refugiados.

Y quienes hablan y cantan a menudo también llaman a dios. De mil maneras. Lo hacen los almuédanos por todo el mundo islámico. Para quien va de oídas, los hachazos y martillazos con los que se parte la leña de las piras en los crematorios de Benarés simbolizan perfectamente el hinduismo, igual que los trallazos secos de los llamadores de los pasos de la Semana Santa sevillana, que ponen en marcha a los costaleros que cargan con ellos, sintetizan la religiosidad popular cristiana. Unos ancianos chiu recitan un antiquísimo código de conducta en una lengua que solo ellos conocen, un arcano que aproxima la ley a la religión. Salmodian unos lamas tibetanos en la frontera exterior del Tíbet, agita el sonajero un chamán satan, de Mongolia, y vuelan las letanías y el estrépito de las trompas, bocinas, caracolas, platillos y tambores con que los lamas de Mustang pretenden asustar a todos los demonios, que, con el estruendo, no deben encontrar refugio ni en los rincones ni en las cuevas más escondidos de los altos valles del Himalaya.

La campana del palacio de La Granja, en España, suena por los jardines en los que canta el ruiseñor. Final de trayecto.

https://bit.ly/3V8K7YY



// Al final de un día de grabación en el desierto de Teneré. //

azar y la actividad profesional como técnico de sonido. No es, por tanto, un catálogo representativo del sonido de la Tierra. Se trata, más bien, de la banda sonora de un viaje personal.

Desde que hice algunos de estos viajes han pasado ya unos cuantos años, así que es seguro que algunas cosas habrán cambiado. Por pereza o, quizá, por no interrumpir la escucha, no suelo llevar un diario detallado. Todo lo confío a las grabaciones, a las fotos, siempre a los mapas. De la combinación de todo ello salen estos relatos, a veces nebulosos, tan alejados de las crónicas viajeras al uso.

Hay muchas formas de convocar a la memoria. El desgaste de los mapas —de papel, se entiende— guarda tanta información como los trazos geográficos que contienen. Una anotación, la referencia a una toma de sonido, están tan firmemente arraigadas como el topónimo más sólido. Hablo, escribo, recuerdo de oídas. Cuando semanas después, a la vuelta del viaje, escucho una grabación en el estudio, sin los demás condicionantes de la experiencia en vivo —olores, temperatura, prisa, cansancio, etc.—, percibo una situación completamente distinta. Voces a las que no presté atención destacan en primer plano; otras, que parecían protagonistas, se pierden en la confusión de ruidos. La medida de tiempo es distinta: el intervalo que allí pasó rápido se convierte en un largo silencio en esta segunda escucha, objetiva e impersonal. Es preciso, entonces, reconstruir los recuerdos, seleccionar los elementos, jugar con el tempo, estirar o acortar los silencios, construir un relato. Y darle forma literaria para que los dos formatos, oído y escrito, cuenten la misma historia. Este libro, en sus versiones escrita y sonora, no es más que una reconstrucción de mis recuerdos.





// LOS SONIDOS DE LA NATURALEZA //

Y más allá del ruido, los sonidos de la biofonía.

Un muro de sonido define acústicamente a todas las selvas tropicales del planeta: en el Amazonas, en el centro de África, en las montañas brumosas del sur de China, en las junglas asiáticas. Y contra ese muro, formado por las estridencias de los insectos, siempre unas voces profundas que se pierden hacia las sombras.

El sonido de la madera describe bien a los bosques templados, más familiares para nuestros oídos. En el norte de Europa, en el sur, en los bosques de cedros del Himalaya, en los bosques mixtos asiáticos.

Los bosques aclarados, ya sean las sabanas africanas o las dehesas ibéricas, son el dominio por el que se propagan las voces sordas, como de madera, de tórtolas y palomas. Entre otras.

Todos los mares tienen voces parecidas. Pero difiere la narrativa de las olas. Unas, con su arrastre, nos hablan de playas de grava volcánica; otras, de extensos arenales. El retumbo y las salpicaduras hacen sonar a las rocas de los acantilados. Y el rumor en la distancia dibuja la línea de costa durante la marea baja en el interior de una ría.

Aquí y allá, las noches no son solo el dominio de los insectos. También de los anfibios, de los murciélagos, de los búhos. Pero no hay voz que, por todo el hemisferio boreal, mejor defina a la noche: el aullido de un lobo.

https://bit.ly/3CA1Ktg

ÁFRICA

17 EL DESIERTO DE LOS DESIERTOS
El Teneré y la canción de las dunas
Níger

31 LA CURVA DEL NÍGER
La navegación por el desierto
Mali

39 MÚSICA EN EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS
La gente de la selva
Camerún

49 *¡NO MASAI!*
El descubrimiento del paisaje sonoro
Kenia

57 LOS LAGOS DEL GRAN VALLE DEL RIFT
Cocodrilos, flamencos y fuentes hidrotermales
Kenia

65 LAS FOCAS DEL DESIERTO
Foca monje, lobo de mar
Sáhara Occidental

73 LOS HIPOPÓTAMOS MARINOS DE ORANGO
Un resumen de África
Guinea-Bisáu

AMÉRICA

85 EL SONIDO DE LLUVIA
Un muro de sonido en la selva
Brasil

93 FOCAS ELEFANTE Y PINGÜINOS PATAGÓNICOS
Un balcón sobre el océano
Argentina

101 EL SALTO DE LA BALLENA
Un mensaje desde el fondo del mar
Argentina



ASIA

109 DONDE LAS COSAS NO SON COMO PARECEN
Abu Dabi y la obsesión por el pasado
Emiratos Árabes Unidos

119 UNA CARAVANA DE *BERKUTCHIS*
Lejos del mar
Mongolia

131 EL CAMINO DE LO MANTHANG
El último reino perdido
Nepal

143 LA TIGRESA DE RANTHAMBORE
La tregua del agua y Ley de la Jungla
India

151 EL NÉCTAR DE LOS DIOSES
Tres ciudades santas de la India
India

163 EN BUSCA DE LOS MONOS DORADOS
Las montañas de la bruma
China

EUROPA

171 *PUSZCZA BIAŁOWIESKA*
Un bosque para los bisontes
Polonia

179 GRULLAS TROMPETERAS, CISNES CANTORES
Primavera en los bosques boreales
Suecia

185 UN PAISAJE DE LA EDAD DEL HIELO
Verano, bosques, tundras y turberas
Suecia

191 LUCES DEL NORTE
Bajo la aurora boreal
Finlandia

197 AVES MARINAS EN LA ENTRADA AL CENTRO DE LA TIERRA
Montañas y acantilados volcánicos
Islandia

205 DOÑANA Y LAS MARISMAS DEL GUADALQUIVIR
Donde se cruzan los vientos húmedos y las aves viajeras
España

221 EL RUGIDO DEL VOLCÁN
La geofonía y el origen del sonido en la Tierra
España

231 FINAL DE TRAYECTO EN VENECIA
Un mundo por conocer
Italia

235 ¿QUÉ HAGO YO AQUÍ?

237 CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES

238 CRÉDITOS





EL DESIERTO DE LOS DESIERTOS

// El Teneré y la canción de las dunas //

El aire es arena; la línea del horizonte, una franja difusa. La luz forma espejismos, las montañas de arena se mueven impulsadas por el viento. En algunas rocas están pintadas historias de gacelas, antílopes, jirafas y toros. Bajo la arena se extienden los barros cuarteados de un antiguo lago gigantesco. Y, esparcidos por el suelo, anzuelos y puntas de arpones indican que, antes de la llegada de los nómadas tuaregs, aquí vivía un pueblo de pescadores. Y, por si todo esto fuera poco, en el silencio de la tarde, cuando a la puesta del sol la arena recupera sus colores, las dunas cantan. Puede que, desde una visión objetiva, los *djinns,* los genios de las arenas, no existan. Pero el Teneré, el desierto de los desiertos, esconde suficientes misterios como para creer en su existencia.

https://bit.ly/3ylg4DH

«EN ESTE VIAJE, AGADEZ ES EL PUNTO DE PARTIDA, PERO NUESTRO DESTINO ES EL DESIERTO PROFUNDO.»

Había pasado por aquí muchos años atrás, en 1984. En una furgoneta desvencijada, con la batería agotada y la sensación de haber cruzado el desierto, desde Tamanrasset hasta Arlit, empujando un vehículo que se quedaba clavado en todos y cada uno de los *ouadis* secos que cruzábamos. Igual que los antiguos exploradores se guiaban por las osamentas de los camellos que jalonaban las rutas, nosotros lo hacíamos por los coches abandonados en las vaguadas, carrocerías de chapa brillante pulimentada por el viento abrasivo. Hubo ocasiones, incluso, en que fuimos remolcados por los todoterrenos de los mismos saqueadores que merodeaban por estos pagos para desvalijar las pertenencias abandonadas.

Y al final, llegamos a Agadez. El caso es que, treinta años después, vuelvo a esta misma ciudad, puerta de entrada al desierto de Teneré, el desierto de los desiertos. Punto de reunión y partida de los camiones que, atestados de enseres, ganado, bidones de agua y personas sin nada más que la esperanza, han sustituido al comercio de las caravanas de esclavos por este otro, más actual pero que, al igual que entonces, está vaciando África de su principal valor humano. En la estación de autobuses se acumulan los matatus, los *taxi brousses,* furgonetas destartaladas, sobrecargadas con no menos de veinte personas y algunos animales. Ciegos acompañados por lazarillos, cantinelas para pedir limosna. Un cartelón pintado con cuatro siluetas negras, con sus nombres, recortadas contra un paisaje desértico, anuncia que el sueño de Europa está compuesto de hambre, sed, sida, violencia, desesperación y muerte. Policías en uniforme de campaña nos impiden grabar o registrar sonido. En torno, varios tenderetes cerrados por no pagar impuestos, mientras las mafias del tráfico humano campan a sus anchas.

En este viaje, Agadez es el punto de partida, pero nuestro destino es el desierto profundo. En esta ocasión el viaje va a ser menos accidentado. Al menos, los vehículos todoterreno tienen batería. Salimos de la ciudad hacia el desierto de Teneré por la pista balizada que bordea por el sur las montañas negras del Air, para asomarnos a las planicies de dunas y visitar el *ouadi* de Agamgam, con sus pinturas rupestres, y la gigantesca duna de Arakao, adosada a las estribaciones de las montañas. En la guantera hay una pistola. Nos escolta, además, una camioneta del ejército de Níger, cuatro soldados con una ametralladora encajada, sin más, en la horquilla de un palo de madera. La ruta está infestada de grupos de salteadores y conviene viajar con protección. La cuestión es hacia dónde correr cuando la ametralladora empiece a disparar y a saltar sobre su soporte.







// La ciudad de Agadez es el punto de reunión desde el que partían las caravanas que cruzaban el desierto. Ese comercio se hace hoy con camiones atestados de personas y mercancías, a menudo en dirección al sueño de una vida mejor en Europa. //



Mares de arena

El todoterreno no solo tiene batería, sino también un navegador GPS. Aun así, el sexto sentido de Akli, nuestro jefe tuareg, va a ser fundamental para orientarnos y encontrar el paso adecuado a través de las dunas. Un tópico a la hora de describir el desierto es encontrar similitudes con su opuesto, el mar: olas que avanzan, vientos cruzados, estelas que se cierran al pasar... Incluso los mapas del desierto parecen cartas marinas, con grandes extensiones sin ningún accidente geográfico, solo curvas de nivel en unos, o de profundidad en las otras. La conducción se parece también a la navegación costera, donde no hay puntos fijos, solo referencias lejanas en el horizonte. Y, a veces, ni eso. Las huellas, las marcas en el suelo, desaparecen, y solo una profunda experiencia permite identificar el terreno que se pisa, de la misma manera que, según se dice, los navegantes polinesios son capaces de ubicarse en el mar por los cruces de los trenes de olas en la marejada.



// La gran duna de Arakao. La grandiosidad del paisaje desértico deriva de su sencillez: solo formas y volúmenes matizados por las sombras. //

De aquí para allá cruzamos antiguos trazados de neumáticos, imágenes grabadas en la costra endurecida que hay bajo las arenas móviles. Pero una cosa es encontrar el rastro, y otra, seguir una dirección. Algunas huellas son muy antiguas, relato escrito en el suelo de las incursiones profundas durante la Segunda Guerra Mundial. Otras apuntan hacia el camino a la perdición de los vehículos que han desaparecido en el desierto, lo que no es, precisamente, una buena guía para la orientación.

Las mañanas empiezan cálidas, sin viento. Más tarde, ya en la ruta, sopla el viento del nordeste, el harmatán. Delante del coche, sobre la pista dura, se levantan torbellinos de polvo amarillo, extrañas cortinas que ondulan a ras de suelo y dan forma al aire. Aparte de las montañas rocosas, no hay nada estable. Ni las chozas de las mujeres tuareg, que esperan a la sombra de una acacia el regreso de los hombres que partieron en una caravana, ni los relieves del paisaje.

«AL CABO DE UNOS MINUTOS EL SILENCIO ES TAN AGOBIANTE QUE SE PIERDE CUALQUIER REFERENCIA, SE TAMBALEA EL EQUILIBRIO.»

Paradójicamente, en el desierto lo único fijo son los árboles y arbustos diseminados, así como los pozos de agua espaciados a lo largo de la ruta, con los brocales de troncos ensamblados, con profundas hendiduras hechas por el roce de las cuerdas de las que cuelgan los cubos. La vida en esta tierra estéril es primitiva y nómada, y lo primero que aprende el viajero, nómada ocasional, es a adaptar sus expectativas a esa primitiva austeridad.

Aire de arena

Hacia el mediodía el polvo en suspensión se pone en marcha y una tormenta de arena barre el aire. Los torbellinos y las cortinas de polvo que se elevaban verticalmente desaparecen por los fuertes vientos horizontales. Como agujas, los granos de arena se clavan en la cara y las manos, se cuelan por todos los resquicios. En una tormenta de arena es el suelo el que se mueve, y nosotros con él, como subidos a una alfombra. El calor es abrasador; cada bocanada de aire reseca la garganta e impide que los pulmones cumplan su función refrigerante. La chapa del coche quema, la temperatura se acerca a los 50 °C a la sombra, en un lugar donde no hay ninguna sombra. Ningún relieve a la vista, solo una franja deslumbrante difuminada por la reverberación, el aire incandescente que desdibuja la línea del horizonte. El cielo y la tierra son amarillos, el aire no se puede respirar, ni siquiera mirar. El desierto no da ninguna oportunidad. A nuestro paso dejamos atrás una densa polvareda, como una corriente de chorro, y los vehículos que nos siguen se despliegan en abanico, a sotavento, para evitar la nube de polvo. Vemos, en tiempo real, la formación y el avance de esas montañas de viento que son las dunas.

Pero después de la tempestad llega la calma. También en el desierto. Y con el crepúsculo llega ese breve momento, quizá un cuarto de hora, en que el aire se vuelve transparente, la luz tendida del sol traza largas sombras y la vista alcanza entonces hasta el infinito. La banda incandescente se ha apagado, la arena ya no es un elemento del aire y se deposita en su sitio, en el suelo, sobre las dunas. No hay engaños, ningún espejismo. Y los contornos lejanos se perfilan con una nitidez difícil de encontrar en ningún otro paisaje. Las aristas de las dunas parecen más afiladas, las sombras de una de las laderas hacen que la contraria parezca más grande; incluso ese sutil revuelo que difumina la cresta afilada ha cesado. Resulta que el amarillo deslumbrante de la arena es ahora un sereno rojo anaranjado. Y, a medida que el crepúsculo avanza, las lejanas escarpaduras del Air, negras como la noche que se acerca, se confunden con las sombras. Todo viajero del desierto conoce este momento, en el que el desierto se muestra tal cual es, sin velos que lo oculten.

// Unas mujeres tuareg muelen grano en el campamento. Abajo, los dromedarios de la caravana dejan su impronta en la arena, cada ejemplar la suya, tan característica como nuestras huellas digitales. //







El silencio de las dunas

Del calor agobiante del día, con todos los elementos desatados, a la serenidad del crepúsculo, el Teneré nos ha enseñado dos de las facetas de su carácter. Falta la tercera.

Noche sin luna. El cielo es una cúpula perfecta de cristal, que arranca desde todos los grados de la circunferencia del horizonte y con su clave arriba, en el cinturón de la constelación de Orión, que brilla con fuerza. Y a la luz fría de las estrellas, un silencio perfecto. Ningún ruido lejano, ningún roce del viento, ningún eco desde ninguna pared. La arena de la duna en la que me encuentro, como las cortinas y las alfombras de una sala cerrada, absorbe cualquier sonido. Al cabo de unos minutos el silencio es tan agobiante que se pierde cualquier referencia, se tambalea el equilibrio. Mucho más de lo que nos creemos, somos seres oyentes, nos orientamos de oídas, por los sutiles rebotes de nuestra voz en las paredes, por la dirección de ruidos, murmullos que nosotros no escuchamos pero nuestro cerebro procesa. Pero aquí no hay nada, solo el rumor de la circulación de nuestra propia sangre, los golpes acompasados del corazón que, al cabo de un rato de ensimismamiento acústico, se escuchan con nitidez. Creo que en este gran silencio he percibido el verdadero carácter del desierto, el mejor relato de esta tierra donde no hay vida, el gran vacío mineral de la arena estéril.